

Glosas a la vida. Grandmontagne.

2-101 1
2-30

("El Imparcial", Madrid, 28 noviembre 1903)

GLOSAS Á LA VIDA

GRANDMONTAGNE OPORTUNO

En Bilbao ha dado hace pocos días dos conferencias el español Grandmontagne, y al puñto han puesto el grito en el cielo los que no quieren que se diga ni se oiga decir verdades. Y se le ha dicho lo que se me dijo á mi cuando en el mismo pueblo, que es el mío, hice oír la verdad; que ha estado inoportuno y descortés.

«En una conferencia en que se iba á tratar de relaciones comerciales no hay por qué hablar de intolerancia religiosa—dicen—es salirse de cáuce.» Muchos creemos que no; que mientras haya un solo lugarejo español en que se niegue el saludo y se cierren puertas al que no oye misa, solo porque no la oye, mientras sea lo primero que del recién llegado se inquiriere lo de si cree ó no en este ó aquel misterio, ni habrá comercio español poderoso, ni industria fecunda, ni caminos que lleven á parte á que deba irse, ni higiene, ni cultura, ni nada que nos redima de los pecados nacionales cuya culpa padecemos. La riqueza exterior sin riqueza interior se convierte en áurea barbarie, y el libre cambio de productos de la tierra ó de la industria sin el libre cambio de ideas no es más que un medio de que el más culto explote al que lo es menos. Malas son las aduanas de géneros de comercio material, malos los márchamos de plomo, malos los monopolios industriales ó mercantiles, mala toda especie de renta estancada, pero mil veces peores son la aduana de ideas, el márchamo de «pueda leerse», los monopolios de doctrinas y pésima la renta espiritual estancada.

La oportunidad de un acto se mide por sus consecuencias, y puesio que el acto de Grandmontagne ha producido protestas y comentarios y agitación, ha sido oportunísimo. Lo inoportuno es lo que cae en el vacío, es lo que no deja rastro. Un discurso inoportuno, v. gr., es el que para salir de un paso y cumplir un compromiso, pronuncia sin fe ni arranque un actor de la comedia pública, y lo recita á regañadientes, mascullando las frases, como lección de coro, para cumplir. Eso es lo inoportuno, sean cuales fueren las marrullerías del comediante.

Ese horrible criterio esteticista de que hablaba aquí mismo hace pocos días, lo entiendo de otra manera. «No hay que desentonar; no hay que ser cursi; eso es de mal gusto; eso está mandado retirar; eso es vieux jeu...» y que sé yo cuántas cosas más. Voy creyendo que el valor que más falta nos hace es el valor de ser cursis y sostener nuestra cursilería.



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S

¡bendita sea! y arrostrar el ridículo con que los señoritos esteticistas tratan de ahogar la sinceridad que no se monda las uñas ni muda de camisola cada día.

El mal es horrible, y tan horrible que conozco quien hace profesión de fe católica, apostólica romana, por creer que eso es más distinguido, que viste mejor, siendo en el fondo un redomado ateo. ¡Llevar el credo como se lleva una corbata! Si, hasta esto han llegado algunos impíos en su secreto menosprecio á la fe que fingen.

Ciertas doctrinas son cosas de gentes de poco más ó menos—piensan esos impíos—ciertos entusiasmos son de almas ordinarias, hay violencias de pensar que delatan baja extracción espiritual... y así lo demás. «Eso de ser jacobino es muy cursi», me dijo uno de tales, y le hube de responder: «por creerlo ustedes cursi empiezo á sentirme jacobino.»

Momentos hay en la vida en que creo que si son saludables para ciertas dolencias del cuerpo los baños de fango, acaso la dolencia espiritual de España necesite un baño de fango espiritual,—y no doy á esto de fango espiritual sentido malo en el orden de la moralidad—un baño de grosería, de ordinareiz, de violencia desatentada. Tal vez haga falta despojar de sus uniformes á las almas todas que los lleven, arrancarles los galones y las cruces y las insignias y las bandas y todo género de colgajos, pendejos, plumajes y pelajes consagrados, y dejarlas desnudas.

Grandmontagne ha puesto mano en alguno de esos cintajos, ha osado tocar á andrajes de nuestra tradición, á guñapos de nuestra vieja capa, heredada de los abuelos y zurcida de remiendos, y los zurcidores chillan. Pero, vamos á cuentas, ¿es que en la capa esa queda siquiera un solo trapo del paño de aquellos nuestros abuelos conquistadores de mundos? La tela de nuestra tradición ¿es la tela misma con que ellos vistieron sus almas heroicas? Empiezo á creer que no, y que la más grande de nuestras mentiras son esas «venerandas tradiciones de nuestros mayores»; empiezo á creer que ese pegujar que pasa por ser añosa herencia de familia, es un embuste y un engaño, es un terruño espiritual que fuera del papel en que los voceros tradicionalistas nos muestran su título de propiedad, no radica en parte alguna en que pueda asentarse á reposar y respirar verdad y vida un alma viva.

Miguel de UNAMUNO.

